

# Galdós, religiosidad y compromiso

YOLANDA ARENCIBIA

## Resumen

En el trasfondo de las novelas de Galdós se perciben nítidamente las perplejidades y conjeturas espirituales del autor. Por otro lado, el espiritualismo como doctrina y la caridad como actitud son prácticas muy cercanas a su biografía. Es más, son temas recurrentes de su literatura la Iglesia como institución y lo religioso como creencia y fundamento humano. Su formación, su talante liberal, la tensión del ambiente posromántico y positivista que lo rodeaba, su inquietud metafísica y aun mística alimentada con el krausismo, fueron incitando en él, progresivamente, el motivo de la incógnita de la sociedad española y de la intimidad del hombre en ella.

## Palabras clave

Literatura galdosiana, arte, naturaleza, verdad.

## *Abstracts*

In the background of Galdós' novels one can clearly perceive the author's spiritual perplexities and guesses. On the other hand, spiritualism as a doctrine and charity as an attitude are practices very close to his biography. Moreover, the church as an institution and the religious as a belief and human foundation are recurring themes in his literature. His education, his liberal disposition, the tension of the post-romantic and positivist environment that surrounded him, his metaphysical and even mystical restlessness nourished by Krausism, progressively incited in him the motif of the unknown of Spanish society and the intimacy of man in it.

## *Keywords*

Galdosian literature, art, nature, truth.

Benito Pérez Galdós (Las Palmas 1843-Madrid 1920) está reconocido hoy como el mejor escritor del realismo español, y como uno de los principales escritores españoles de todos los tiempos. Evidente es esta afirmación ahora, pasado el crisol del primer centenario de su ausencia física, el 2020, porque ese año, al que la pandemia convirtió en *annus horribilis*, no pudo con el tan esperado año del Centenario Galdosiano, que estuvo muy lejos de pasar «sin pena ni gloria» en el mundo de la cultura y la ciencia, del arte, de la historia, del pensamiento y de la literatura, pues en todos esos ámbitos del saber, el Galdós amplió inmenso inspiró ese año reflexiones innovadoras. Igualmente, se multiplicaron las ediciones de sus obras en distintos formatos y para distintos diversos, y avanzó la investigación galdosiana con publicaciones excelentes y encuentros científicos a distancia en España y en Europa. Fue un buen síntoma el que el DRAE, añadiera a su repertorio léxico ese 2020 la palabra «galdosista», es decir, especialista en la vida y la obra de Benito Pérez Galdós, y que explicara que esa incorporación era «obligada por su uso».

Fue Galdós uno de esos seres singulares que la providencia deja caer en el mundo de vez en cuando, para generar prodigios, si recibe el abono adecuado.

Recibió ese abono Galdós.

Abrió los ojos a la vida en nuestra ciudad, una ciudad recoleta de una provincia española lejana, la más lejana; sin embargo, una provincia expectante ante la historia, y más cercana, por ultramarina, a los ecos que llegaban de Europa y de las colonias españolas de América que a los que llegan de España; sufridora, sin embargo, esa sociedad de lo que suponía la lejanía de la metrópoli. Se pudo emparar de esas circunstancias el joven Pérez Galdós, para sacarles rendimiento.

Recibió aquí una formación excelente, porque tuvo la suerte de contar con una familia ordenada y seria, con el Colegio de San Agustín para cursar su bachillerato, con la biblioteca que había empezado a formar el Gabinete Literario, con un ambiente aficionado al arte: el de la pintura, el del teatro, el de la música: en este campo, fue providencial la cercanía de la capilla de música de la Catedral, la huella de Millares Torres y Benito Lentini y la existencia de una de las primeras Sociedades Filarmónicas de España.

Pronto amplió su centro vital a la capital del reino. Consolidó allí su formación, enriqueció allí su mirada inquieta y pudo alargarla pronto hasta el resto de España y hacia Europa.

Su tiempo histórico fue intenso. Y él lo vivió en primera fila de los hechos; no solo por la cercanía física que encontró en Madrid, sino por un compromiso personal con la sociedad, un compromiso ilustrado y humanista, que había demostrado tempranamente mediante protesta que hizo públicas en los primeros

años de su juventud grancanaria. Fueron éstas, protestas ingeniosas, irónicas y amables.

Siempre fue así el compromiso de Galdós: firme y sólido pero abierto y tolerante, aun cuando hubo de radicalizarse en su madurez última en los marcos de la política activa. Porque Galdós fue sobre todo un hombre abierto, que respetaba opiniones distintas y que confesó aprender escuchando a los inteligentes o a las gentes sencillas. Hablaba poco don Benito. Pero cuando se lanzaba a hacerlo creaba silencio profundo a su alrededor. Muy pocas veces discutía, porque él no estaba seguro de casi nada; pero sus certezas eran muy profundas y nadie lograba separarlo de ellas.

En el momento de emprender sus pinitos profesionales, decidió no ser un abogado prestigioso sino pasar del periodismo volátil a la profesionalidad serena de la escritura literaria. Una decisión difícil, la de decir ser un escritor profesional. La asumió Galdós a sabiendas de lo que significaba, como demostró en un texto teórico temprano, de 1870, en que declaró los males de la novela española y la necesidad urgente de regenerarla en el camino de mostrar el mundo de una manera realista y constructiva.

En adelante, encaminará sus pasos por la senda de ese compromiso: el del arte de la literatura de su tiempo por la senda de un realismo artístico y armónico, que incluye el compromiso social soterrado. Porque nunca fue Galdós un escritor centelleante de esos que asombran con brillos más o menos efímeros. En la base, el universo de ficción galdosiano fue magistral, también en el sentido de «magisterio». Y fue el concebido por un creador con los pies en la tierra que maneja como pocos la herramienta artística que permite a la obra de creación artística ser atemporal, universal y eterna. *Ars, Natura, Veritas* fue su lema. Ninguno más apropiado.

A la postre, el universo de ficción galdosiano atrapa al lector abriéndole los ojos a la Literatura con mayúsculas; también a la incongruencia humana y a sus anomalías, a la verdad y la justicia. No es Pérez Galdós un autor de momentos aislados, sino de lectura continuada; de leer y sonreír; de leer y meditar; de leer y anotar.

## **GALDÓS Y LA RELIGIÓN**

La Iglesia como institución y como poder social, y lo religioso y la religiosidad como filosofía y como problemática individual, son asuntos eternos que no podía soslayar el hombre auténtico que fue Pérez Galdós y el escritor comprometido que llevó dentro.

El estudioso de Pérez Galdós que ha seguido su trayectoria literaria completa, conoce que esa preocupación lo acompañó toda la vida, junto a la social y como parte insoslayable de ella. Aparece desde las crónicas del aprendiz de periodista en los años madrileños primeros, y se muestra ya en las primeras novelas de un limpio realismo: en *La Fontana de Oro* y *El audaz*, tangencialmente, aun con la ironía de los principios canarios.

Pero, ya de lleno, se revela en las llamadas «novelas de la primera época» (*Doña Perfecta*, *Gloria* o *La familia de León Roch*; 1876-1878) con la virulencia de la juventud y con la urgencia del aldabonazo sociopolítico que supuso la Constitución de 1876 para quienes, como él, habían esperado una sociedad distinta tras la revolución del 68, la Gloriosa. Ante ese reclamo, no esperó el escritor a terminar la segunda serie de *Episodios Nacionales* que está redactando, sino que se apresura a manifestarse con el arma que le es propia y que maneja como nadie: la literatura.

En estas novelas, las llamadas de su «primera época», planteó el creador cuestiones religiosas y sociales determinantes: las primeras, ¿cómo ha de ser el verdadero cristiano, el buen sacerdote, y cuál la verdadera caridad? (*Doña Perfecta*); ¿podría llegarse a una comunión de confesiones? (*Gloria*); ¿y cómo conjugar razonablemente la fe y los principios científicos en aquel momento desconcertante? (*La familia de León Roch*). Las cuestiones sociales no le van a la zaga: la rapacería del campesinado, la malevolencia hipócrita de algunos devotos, la ociosidad tramposa de la alta burguesía... El autor inquieto y hasta combativo querría respuestas claras, eficaces y concordes con su liberalismo que la sociedad no le da. Para hacerlas más evidentes, los personajes de ficción que soportan estas situaciones han de ser arquetipos de la intransigencia, la incompreensión, la maldad o la hipocresía: señalemos ahora a Caballuco, don Inocencio Tinieblas o doña *Perfecta* de aquella novela; a Esther Morton y a la sociedad cerrada de *Gloria*; los marqueses de Tellería, el Padre Paoletti o María Egipcíaca de *La familia de León Roch*.

En estos momentos juveniles de Pérez Galdós, y más allá de lo que evidencian los textos de creación, la correspondencia del autor con José M. Pereda a propósito de la recepción de *Gloria* es muy explícita respecto a las convicciones y a las dudas religiosas de aquel joven cuya voz resuena con propiedad y empieza a ser reconocido. Confiesa en esas cartas, opiniones sobre el catolicismo como tal, sobre la religiosidad de los españoles y sobre la suya propia.

«En mí está tan arraigada la duda de ciertas cosas que nada me la puede arrancar. Carezco de fe, carezco de ella en absoluto. He procurado poseerme de ella y no lo he podido conseguir. Al principio no me agradaba semejante estado; pero hoy, vamos viviendo. (...)» (carta 6 de junio de 1877, en *Correspondencia*, 55-6).

¿Es absolutamente sincero, don Benito? Porque en esa misma carta se defiende de las suspicacias del autor santanderino:

Por cierto, que al referirme V. las festividades religiosas de su país, lo hace dándome a entender que yo no sé lo que son procesiones, ni monumentos, ni ceremonias religiosas de Semana Santa. De esto se desprende su opinión desfavorable respecto a mi irreligiosidad, que no debo dejar de protestar un poquillo. En mi país se celebra la semana santa con bastante esplendor. En mi tiempo yo no perdía ripio y dondequiera que sonara un *gori-gori* allí estaba yo. Aquí también suelo ir a las lamentaciones cuando hay buena música, y (puede que V. no lo crea) llevo mi libro y me pongo a leer los Salmos a riesgo de que me tengan por una lumbrera de la juventud católica. (...).

Y añade Galdós con resolución:

En dos palabras sintetizaré a V. lo que pienso en este triste asunto de la conciencia, y esto lo digo con convicción profunda y verdadera fe: el catolicismo es la más perfecta de las religiones positivas, pero ninguna religión positiva, ni aún el catolicismo, satisface el pensamiento ni el corazón del hombre en nuestros días (*Id.*, 57. Carta s/f, junio 1877).

Tras esas novelas primeras de la protesta vehemente, y tras un reposo de casi un año en la intimidad familiar tras finalizar los Episodios, Galdós dará un giro a su creación. Y, coincidiendo con el transcurrir de los años ochenta del siglo XIX, emprende lo que él mismo llamó su «segunda manera de novelar» publicando una serie de títulos espléndidos en los que la cuestión religiosa, quedó soterrada ante la incógnita íntima del individuo.

Es la etapa del mejor realismo galdosiano, el de *La desheredada*, *El doctor Centeno*, *Tormento*, *La de Bringas*, *Lo prohibido*, *Fortunata y Jacinta*, *Miau...* En esas novelas consigue Galdós recrear la sociedad de su tiempo a través de los entresijos humanos de los seres que le dan existencia; e inventando para ellos historias verosímiles que el lector común recibirá con regocijo y el más exigente releerá para disfrutar de la magia del arte y para descubrir la lección escondida.

Afortunados son para el creador estos años ochenta: los del reconocimiento total como escritor, los del nombramiento como Académico de la Real, los de los viajes europeos, la de los amores que marcan...

Pérez Galdós se siente bien. Es un autor de éxito y una personalidad respetada. Pero no es un escritor de caminos trillados. Necesita innovar.

## EL CICLO ESPIRITUALISTA

La nueva década que se abre camino, la de los noventa del siglo XIX, traerá consigo novedades interesantes. Es época de cambios. Hay movimiento en política. Se inaugura con la primera celebración socialista del primero de mayo, lo que inquieta notablemente a la burguesía; los grupos republicanos no acaban de ponerse de acuerdo y hay problemas en Cuba, en Buenos Aires y en Filipinas... Todo parece preconizar el fin de siglo problemático que se avecina.

¿Preocupante? Sí y no. El Galdós optimista aprecia en el fondo de todo ello, un movimiento generalizado de recuperación ideológica, de regeneración general. El proyecto democrático ha avanzado; no todo es negativo pues, pensará Galdós, que deja asomar ese optimismo en las páginas de *La Prensa*, el periódico bonaerense al que envía ahora *Cartas* periódicas que muestran el interés apasionado del cronista por la actualidad político-social siempre en tono constructivo y desde una ideología liberal temerosa de los extremos. Se congratula de los adelantos que va conociendo la medicina (avances contra la gripe o contra el bacilo de Kock), y no deja pasar por alto casos curiosos que afectan a la moral, como la deriva del caso Parnell: un político irlandés obligado a dimitir por adulterio, y que el cronista aprovecha para lanzar una llamada a la regeneración de la España indiferente a la moral, particularmente a la moral pública. Revuelto anda igualmente el mundo de la filosofía europea, que experimenta el fracaso de los supuestos filosóficos y científicos del positivismo y el desconcierto moral y ético que no tardará en culminar en la dicotomía entre la afirmación humana de Nietzsche y la inseguridad existencial de Kierkegaard. Se respira una atmósfera de incertidumbres, de crispaciones internas y de reivindicaciones religiosas más o menos ordenadas. Consciente es del tema Pérez Galdós, y a ello dedica algunos de los escritos no ficcionales de esa época.

¿Tiempos perturbados? Seguramente. Ha de acusarlos el escritor.

El realista inquieto que es Galdós viene buscando novedades formales, al compás de los tiempos y de las estéticas. Primero (1889) se atrevió con la ruptura de los géneros literarios convencionales redactando una misma novela en modo epistolar y modo dialogado (hablo de *La incógnita* y *Realidad*), y, enseguida, apostando por la novedad entonces de la ausencia del narrador en la novela, ante la extrañeza de sus críticos.

E inmediatamente (1890) se atreve con una novela distinta; una novela que vuelve al asunto religioso adentrándose en la personalidad compleja de un individuo que, tras un trauma personal que lo desconcierta, intenta solventar su confusión por el camino del sentimiento religioso y de la caridad. La novela sorprendió a todos. Aun sorprende hoy a la crítica. Se llama *Ángel Guerra*.

El argumento transcurre entre Madrid y Toledo y relata la peripecia de un individuo tan complejo como su nombre parece indicar (Ángel/Guerra). Ante el dilema de su futuro personal, su espíritu guerrero y racionalista, le exige métodos prácticos y lógicos. Abandonándolo todo, ha de seguir a su ideal amoroso humano adonde vaya; y, aún más, ha de consagrar su alma y su vida a seguir el ideal que ella propone. Y como ella ha renunciado al amor humano por una clara inclinación a la vida religiosa y se retira a Toledo, allí la seguirá Ángel. Y Toledo, la ciudad «mágica y guerrera» por definición, será el espacio de la transformación personal del protagonista.

Toledo. Muy cercana a Galdós y a su familia está esa ciudad. La mezcla de culturas que la han convertido en ciudad artística por excelencia lo ha atraído siempre. Y admira su Catedral grandiosa. Y no faltan los Galdós madrileños a las celebraciones de Semana Santa y Corpus... A Toledo había dedicado el periodista Galdós el primero de sus ensayos en la *Revista de España* («Las generaciones artísticas de la ciudad de Toledo», 1870); y aquellas callejuelas que encierra el Tajo habían sido el espacio elegido para el desenlace patético de *El Audaz*, la novela de 1871.

Tal vez por ello, por esa cercanía, sembró Galdós en *Ángel Guerra* tantísimos detalles de autobiografía que no pueden considerarse casuales.

Sorprendió a todos aquella novela, dijimos. Como «laberíntica» la definió el propio Galdós (por ejemplo, en carta a José Yxart: «esta endiablada, compleja y laberíntica novela» *Correspondencia*, 203). La agudeza de Clarín señaló la cualidad de «hombre de acción» como principal del protagonista Ángel Guerra; y remite al fondo autobiográfico de la novela que hemos señalado, para concebir a Galdós como «hombre de acción en el arte». Viene a cuento recordar ahora que el investigador Ricardo Gullón llamó a Galdós *canario de fuego* al hilo de subrayar la influencia que tuvieron en su peripecia espiritual las ideas de Giner de los Ríos: una «espiritualidad activa», explica. «Porque don Francisco –indica Ricardo Gullón refiriéndose a Giner– enseña muchas cosas, pero una de las que enseña es que la paciencia y la “santidad” pueden ser insuficientes para (...) levantar el espíritu de este país» (1993, 607).

Es general en la crítica galdosiana señalar el texto de *Ángel Guerra* como piedra de toque inicial de una etapa espiritualista del autor, no del todo inédita. «Me asusta usted metido en honduras cristianas (...)» –le escribió Clarín. –No sé en definitiva qué piensa usted del cristianismo y más del espiritualismo... Pero en fin, ya hablaremos» (AMPG, c. 81, del 16 de agosto de 1891).

Lo más llamativo de *Ángel Guerra*, lo que nos interesa ahora, es que con ella inició Galdós una serie de novelas en que retoma el asunto del ideal religioso,

que residía en el envés de aquellas primeras novelas sociales de los años setenta: la búsqueda de una religión profundamente humana que consiguiese renovar la sociedad pensando en el hombre; una religión que no impusiera preceptos y limitaciones, sino que ayudara a la felicidad humana; una religión del amor y de la caridad verdaderas. ¿Puede existir? *Ángel Guerra* empieza a ofrecer respuestas.

Vayamos a la novela. El protagonista se ha visto involucrado en los hechos históricos previos a la revolución de 1868 y ha resultado herido en el desafortunado levantamiento de los sargentos del Cuartel de San Gil (1866; por allí andaba Galdós, y no es esta la primera vez que el asunto merece su atención literaria). Conmovido profundamente por esas heridas, físicas y morales, se refugia en la casa familiar en donde vive su madre, anciana y enferma, junto a su única hija de siete años. Los recuerdos de su infancia, el encuentro moral con su madre con quien nunca se había entendido bien y su muerte casi inmediata, la ternura que le despierta su hija y el latigazo de vivir la muerte de la pequeña consiguieron conmoverlo profundamente. A la primera reacción violenta siguió una extraña modificación de su espíritu; diríamos que el *guerra* de su apellido ha desaparecido ante el *ángel* de su nombre. Todos

«se congratularon de la mansedumbre del hijo de doña Sales, atribuyéndola a la natural doma ejercida sin palo ni piedra por la desgracia, y al influjo del sentimiento religioso, amigo y familiar de la muerte, el cual nunca se queda a la puerta, cuando ésta entra en palacios o cabañas» (*Ángel Guerra*, 175).

Mucho ha tenido que ver en la metamorfosis de Ángel el conocimiento y la admiración que le inspira Leré, una aspirante a monja que ha sido cuidadora excepcional de su madre y de su hija.

Tras Leré, Ángel traslada su residencia a Toledo (la Toledo «mística y guerrera») para iniciar allí el camino de la propia redención con la entrega absoluta a los ideales de espiritualidad religiosa que le demanda su nueva personalidad. Y se refugia, sin gran convencimiento de fondo, en las prácticas religiosas. Y decide dedicar su capital a la creación de una institución de caridad, parecida en lo esencial,

a los primitivos fundadores, y seguir fielmente la doctrina pura de Cristo. Amparar al desvalido, sea quien fuere; hacer bien a nuestros enemigos; emplear siempre el cariño y la persuasión, nunca la violencia; practicar las obras de misericordia en espíritu y en letra, sin distinciones ni atenuaciones, y por fin, reducir el culto a las formas más sencillas dentro de la rúbrica; tal es mi idea (...). En él hallarán calor todos los desgraciados que me busquen, vengan de donde vinieren (*Ángel Guerra*, 532).

A la postre de los hechos narrados, el individuo Ángel Guerra va a lograr su concierto personal; pero acabará siendo asaltado por sus propios acogidos de caridad que provocarán su muerte. Ha equivocado el camino y ha equivocado los medios; entre otras cosas, porque la institución de caridad que fundó para ayudar a los necesitados no tiene las bases adecuadas.

¿Y cuáles son esas bases? ¿Cuál, entonces, es el verdadero espíritu del cristianismo? ¿Y cuál su andadura, en los actuales tiempos positivistas?

Proseguirá Galdós en busca de repuestas en dos novelas posteriores: *Nazarín* y *Halma* (ambas de 1895), que concluirán mostrando que el camino ha de ser espinoso; y que la meta es un continuo proseguir de compromiso trascendente.

En *Nazarín* dibuja Galdós la figura de un sacerdote extraño. Parece moro, pero es manchego y se llama Nazario Zaharín. Lejos de querer vivir cómodamente, se ha refugiado en una casa de no muy buena fama de las afueras de Madrid, en cuya dependencia –de puertas siempre abiertas– compartirá lo poco que tiene con cualquiera que lo precise; no le interesa el dinero ni la opinión que se tenga de él; no le importa que lo acusen en falso, ni se defendería si así fuera: no se resiste a la limosna pero no le importaría vivir a la intemperie; no le preocupa el futuro, ni la sociedad, ni siquiera aspira a dar ejemplo: «Hago lo que me inspira mi conciencia, y si de ello, de mis acciones resulta algún ejemplo, y alguien quiere tomarlo, mejor». (Id., 45) ¿Qué es este individuo?, han de preguntarse quienes lo rodean. ¿Es un sinvergüenza, o un cínico? ¿Es un loco de atar? ¿Es un fanático, un santo, un tonto? Se asemeja a Jesucristo. ¿Cómo se le recibiría en los tiempos de la escritura? ¿Tendrían validez su figura y su ejemplo?

El incendio ocasionado por la mujer que se ha escondido en su habitáculo para huir de la justicia, le supone una acusación grave. No pueden condenarlo; pero el asunto lo conduce a despojarse de lo poco que tienen y abandonar Madrid

descalzo, ceñida la faja sobre el chaleco de Bayona, encima el capote, encasquetada la montera y un palo en la mano, (...) con el corazón lleno de júbilo, el pie ligero, puesta la mente en Dios, en el cielo los ojos, salió de la casa en dirección a la Puerta de Toledo: al traspasarla creyó que salía de una sombría cárcel para entrar en el reino dichoso y libre, del cual su espíritu anhelaba ser ciudadano (*Nazarín*, 81).

Como Cristo, *Nazarín* se lanza a los caminos para ayudar a quien lo necesite. Como Él, estará seguido de dos mujeres de dudosa moral, hará algún milagro y revivirá pasajes cercanos a los evangélicos. Acabará formando parte de una cadena de presos, rumbo a la cárcel. Y, como Jesucristo, conocerá a un ladrón bueno y otro malo. En la cárcel acabará maltratado hasta casi la muerte.

La siguiente novela, *Halma*, continúa la historia del cura manchego que parecía árabe en el momento en que, curado de sus heridas, está a punto de salir del hospital. Los responsables sociales no están seguros de qué hacer con él. ¿Estará sano para la sociedad? ¿Cómo va a comportarse? ¿Se le podría reconocer su condición de sacerdote? La novela se inicia presentando al lector a quien será determinante para nuestro Nazarín: doña Catalina de Artal, condesa de Halma, una dama cristianísima que ha llegado a su casa de Madrid tras vivir penalidades en Oriente, en vida de su esposo (de Bulgaria a Constantinopla) y, ya viuda e intentando el regreso a España, viajando a diversos lugares de Grecia, Turquía, Egipto... Ya en Madrid, doña Catalina, que quiere llevar vida retirada y religiosa, decide destinar la finca de Pedralba que ha heredado a una fundación de caridad. ¿Cómo? ¿La deberá dirigir un sacerdote, un médico, un hombre de leyes? Contará la dama con el consejo de Nazarín, quien le había sido encomendado para que, sometido a los trabajos ordinarios de la finca, la dama pudiera dirimir sobre la verdadera personalidad del sacerdote extraño. La opinión de este es tajante:

Lo primero: la idea de dar a Pedralba una organización pública, semejante a la de los institutos religiosos y caritativos que hoy existen, es un grandísimo disparate. (...) ¿En qué estaba usted pensando al constituir en Pedralba un organismo semejante a los organismos sociales que vemos por ahí, desvencijados, máquinas gastadas y viejas que no funcionan bien? ¿A qué conduce eso de que su ínsula sea, no la ínsula de usted, sino una provincia de la ínsula total? Desde el momento en que la señora se pone de acuerdo con las autoridades civil y eclesiástica para la admisión de estos o los otros desvalidos, da derecho a las tales autoridades para que intervengan, vigilen, y pretendan gobernar aquí como en todas partes. En cuanto usted se mueve, viene la Iglesia, y dice: «¡alto!», y viene el intruso Estado y dice: «¡alto!». Una y otro quieren inspeccionar. La tutela le quitará a usted toda iniciativa. ¡Cuánto más sencillo y práctico, señora de mi alma, es que no funde cosa alguna, que prescinda de toda constitución y reglamentos, y se constituya en familia, nada más que en familia, en señora y reina de su casa particular! Dentro de las fronteras de su casa libre, podrá usted amparar a los pobres que quiera, sentarles a su mesa, y proceder como le inspiren su espíritu de caridad y su amor del bien. (*Halma*, 379-80).

Eso. Una familia. Una institución humana. No podía ser otra la solución que Galdós pondría.

Nada conseguirá usted por lo espiritual puro; todo lo tendrá usted por lo humano. Y no hay que despreciar lo humano, señora mía, porque despreciaríamos la obra de Dios, que si ha hecho nuestros corazones, también es autor de nuestros nervios y nuestra sangre. (...) Y a usted que es buena, y noble, y virtuosa, le digo que no busque la perfección en el espiritualismo solitario, porque no

la encontrará, que su vida necesita del apoyo de otra vida para no tambalearse, para andar siempre bien derecha. (...) A los pobres les digo que sufran y esperen, a los ricos que amparen al pobre, a los malos que vuelvan a Dios por la vía del arrepentimiento, a los buenos que vivan santamente, dentro de las leyes divinas y humanas (*Halma*, 381).

Tras la conversación, la verdadera personalidad de Nazarín es inequívoca para la Condesa de Halma:

—Beatriz, ese hombre es el santo, ese hombre es el justo, el misionero de la verdad, el emisario del Verbo Divino. (...) Sola, en vano pediría savia y calor al misticismo. Acompañada, tendré quien me defienda, quien me ayude, seremos dos en uno para proseguir la santa obra. No fundo nada, no quiero comunidad legal constituida con mil formulillas, que serían otras tantas brechas para que se metieran a inspeccionar mis acciones el cura y el médico y el administrador. Mi ínsula no es, no debe ser una institución, a imagen y semejanza del Estado. Sea mi ínsula una casa, una familia. Mi marido y yo mandamos y disponemos en ella, con libre voluntad, conforme a la ley de Dios. (*Halma*, 382-3).

Resuelto el asunto y devueltas las licencias sacerdotales a Nazarín, querría doña Catalina que se quedase en Pedralba como capellán. No aceptará este destino el buen cura: habrá de seguir «sin descanso, al paso comedido de la pollina, hasta la nobilísima ciudad de Alcalá de Henares, donde pensaba que sería de grande utilidad su presencia» (*Halma*, 390). En la cárcel de esa ciudad están quienes necesitan de él para su salvación: los compañeros que fueron condenados por la justicia. Es un camino sin fin; como el del cristianismo.

¿Cuál es el verdadero espíritu del cristianismo? Galdós prosigue su propuesta espiritual, para concluirla, en una nueva novela publicada en 1897: *Misericordia*. Con ella redondea el camino «hacia dentro» de esta etapa, proponiendo como modelo humano la peripecia personal de la bondadosa Benigna –Nina–.

Es una novela novedosa, diferente. La primera frase sintetiza una de las lecciones principales del texto completo: la hipocresía, la maldad de las personas que parecen buenas: «Dos caras, como algunas personas, tiene la parroquia de San Sebastián...», leemos. Allí, en la cara que da al norte, conoce el lector a un grupo numeroso de mendigos de ambos sexos que «acecha el paso de la caridad, al modo de guardia de alcabaleros que cobra humanamente el portazgo en la frontera de lo divino, o la contribución impuesta a las conciencias impuras que van a donde lavan». Varios de ellos merecen caricatura acerada y con toque esperpéntico. La caracterización de la mendiga que va a ser protagonista merecerá tratamiento diferente que logrará atrapar al lector: más que vieja, parece envejecida prematuramente; en nueva en el «oficio»...

Respondía al nombre de la *señá Benina* (de lo cual se infiere que Benigna se llamaba), y era la más callada y humilde de la comunidad, si así puede decirse; bien criada, modosa y con todas las trazas de perfecta sumisión a la divina voluntad. Jamás importunaba a los *parroquianos* que entraban o salían; en los *repartos*, aun siendo leoninos, nunca formuló protesta, ni se la vio siguiendo de cerca ni de lejos la bandera turbulenta y demagógica de *la Burlada*. Con todas y con todos hablaba el mismo lenguaje afable y comedido; trataba con miramiento a la Casiana, con respeto al cojo, y únicamente se permitía trato confianzudo, aunque sin salirse de los términos de la decencia, con el ciego llamado Almudena, del cual, por el pronto, no diré más sino que es árabe, del Sus, tres días de jornada más allá de Marrakesh. Fijarse bien. [Nótese la llamada de atención hacia una este importante personaje] Tenía la Benina voz dulce, modos hasta cierto punto finos y de buena educación, y su rostro moreno no carecía de cierta gracia interesante que, manoseada ya por la vejez, era una gracia borrosa y apenas perceptible. Más de la mitad de la dentadura conservaba. Sus ojos, grandes y oscuros, apenas tenían el ribete rojo que imponen la edad y los fríos matinales. Su nariz destilaba menos que las de sus compañeras de oficio, y sus dedos, rugosos y de abultadas coyunturas, no terminaban en uñas de cernicalo. Eran sus manos como de lavandera, y aún conservaban hábitos de aseo. Usaba una venda negra bien ceñida en la frente; sobre ella pañuelo negro, y negros el manto y vestido, algo mejor apañaditos que los de las otras ancianas. Con este pergenio y la expresión sentimental y dulce de su rostro, todavía bien compuesto de líneas, parecía una Santa Rita de Casia que andaba por el mundo en penitencia. Faltábanle solo el crucifijo y la llaga en la frente, si bien podría creerse que hacía las veces de esta el lobanillo del tamaño de un garbanzo, redondo, cárdeno, situado como a media pulgada más arriba del entrecejo (*Misericordia*, 40).

Benigna mendigaba para poder llevar algo de comida a la casa en donde sirve y aún en la de los hijos, Antoñito, la niña Obdulita, el bueno de Frasquito Ponce... Lo hace a escondidas de «su señora», claro, que no podría sufrirlo en su «grandeza añorada». Había sido doña Francisca Juárez de Zapata y ahora, tras la ruina vergonzosa, es doña Paca, a secas, o doña Paca la tramposa; y pasó de vivir en la calle de Claudio Coello, a la del Olmo, «y del *Olmo* pasaron al *Saúco*, y del *Saúco* al *Almendro*» (*Misericordia*, 64). La mendicante por amor no es una mujer extraordinaria, sisa a su señora, inventa mentiras... solo es misericordiosa. La más útil de sus invenciones fue la de servir en la casa del cura don Romualdo, «un señor eclesiástico, alcarreño, tan piadoso como adinerado», (*Id*, 73-4).

La novela es intensa, directa, concisa; y su solución muy propia del supra realismo moderno de Pérez Galdós: llegará a doña Paca el bienestar soñado (¡oh, las herencias sorpresivas!) por vía del don Romualdo inventado. Y se las arreglará el gran novelista para que quede en evidencia donde está la ingratitud humana, y

dónde la verdadera santidad: «Nina, Nina, es usted una santa. –Yo no soy santa. (...) No llores... y ahora vete a tu casa, y no vuelvas a pecar» (*Id*, final).

*Misericordia* es pintura viva de la verdad de la naturaleza humana; de la miseria que esconde, y también de la bondad, muchas veces escondida, Redondea el camino hacia adentro del ser humano que había iniciado *Ángel Guerra*.

Estas cuatro novelas, *Ángel Guerra*, *Nazarín*, *Halma* y *Misericordia*. conforman un «ciclo espiritualista» en la creación galdosiana. El escenario es el de aquella sociedad española que tanto interesó al novelista, y el protagonista es el ser humano común, cualquiera de los de aquella época y cualquiera de los actuales en aquellas circunstancias.

El lector galdosiano las asimila, involucrándose personalmente en las aventuras inventadas. Nada extraño –piensa– es tropezar con un Galdós contagiado de la «explosión espiritualista» que caracterizó los años que se aproximaron al fin del siglo en toda Europa y que afectó al entramado social motivando crisis de planteamientos consolidados, incertidumbres y reivindicaciones religiosas más o menos ordenadas. Por otra parte, la opinión del escritor en cuanto al poder temporal de la Iglesia y lo que deben ser las instituciones religiosas de caridad, ha de coincidir con la humanitaria que defienden los liberales. Bullía el asunto en la prensa comprometida del momento y en los anhelos regeneracionistas de muchos, entre ellos de don Benito.

Considera además el lector galdosiano de las cuatro novelas espiritualistas que no es difícil percibir en el trasfondo de estas novelas perplejidades o conjeturas espirituales del propio autor. Sabe que la iglesia como institución y lo religioso como creencia y como fundamento humano han sido temas recurrentes de su literatura. Conoce que, su formación, su talante liberal, la tensión del ambiente posromántico y positivista que lo rodeaba, su inquietud metafísica y aun mística alimentada con el krausismo, fueron incitando en el novelista, progresivamente, el motivo de la incógnita de la sociedad española y de la intimidad del hombre en ella. Al avanzar en madurez, Galdós ha ido desgranando esta preocupación en obras esenciales. Un hito en el camino ha sido *Ángel Guerra* y el resto de novelas hasta *Misericordia*.

Pero hay más. El espiritualismo como doctrina y la caridad como actitud son prácticas muy cercanas a la biografía del novelista. No solo conforman la base de su ambiente familiar, siempre muy devoto y profundamente católico, sino que casi convive Galdós con un ejemplo andante de caridad activa en su amigo Manuel Tolosa Latour, el médico del Hospital Niño Jesús, que en estos años pone todas sus ilusiones en la creación de sanatorios para niños con problemas que se harán realidad en Trillo y en Chipiona (se inaugurarán en 1896 y 1897). Nos

consta que en el de Chipiona puso Galdós su granito de arena. Galdós colaborará en él económicamente –incluso le dedicará los fondos de una de las representaciones dramáticas «a su beneficio»–, lo visitará más de una vez, se alojará allí, y regalará para su entrada principal una hermosa bandera con dibujo de Arturo Mérida, que ondeará allí a partir de 1901.

Acompañaba a Tolosa en sus afanes caritativo-higienistas el padre Lerchundi. José María Lerchundi (1836-1896), misionero franciscano de origen vasco que, haciendo de Marruecos su residencia, había creado allí un complejo urbanístico para los sin techo, y en Chipiona (1882) un centro de formación de misioneros franciscanos destinados a Tierra Santa y Marruecos. En el domicilio de Manuel Tolosa conoció Galdós a José M. Lerchundi, ya mayor, y varias veces almorzó con él, como atestiguan las cartas del amigo médico a Galdós escritas entre 1890 y 1895. Demostró Galdós gran interés por conversar con Lerchundi; ¿de qué hablarían?

Igualmente, se había interesado años antes Galdós, vivamente, por Mosén Jacinto Verdaguer, el celebrado poeta y también sacerdote catalán, tan cuestionado por su extraño orientalismo espiritualista y su personalidad desafiante. Lo había visitado en Barcelona, tras haber regresado aquél de Tierra Santa; y tuvieron ocasión de conversar en Madrid en la etapa última del sacerdote. Fue el crítico americano Walter Pattison (1971) el primero en señalar el modelo real de la personalidad desafiante de Jacinto Verdaguer en la configuración del cura manchego Nazarín, y en pasajes determinados de *Halma*. Por otra parte, la opinión del Galdós de estos años respecto a la doctrina social de la iglesia, concuerda con las doctrinas del primero de una serie de Congresos Católicos Nacionales (Madrid, abril y mayo de 1889) que trataban de articular una repuesta ante el clima sociopolítico de la Restauración, extremado entre opciones posibilistas o integristas, que reconfiguraría después la encíclica *Rerum Novarum* del Papa León XIII (1891) más cercana a las teorías positivistas y filantrópicas. Le interesó profundamente a Galdós el tema, y le dedicó una parte importante de la *Carta a La Prensa* de Buenos Aires fechada el 14 de mayo de 1889. Allí destacaba como positivas la moderación y la templanza en que discurrieron las sesiones de aquel Congreso y celebraba la corriente conciliadora, que fue general. Porque Galdós fue siempre un liberal con «una inequívoca dimensión religiosa personal; es un cristiano cuya fe no debe de ser precisamente superficial ni insincera, puesto que le inspira un enjuiciamiento de la circunstancia social en el que todo lo que tiene algo que ver con lo religioso queda certeramente dictaminado», como escribió F. Pérez Gutiérrez (251).

## ¿Y EL TAN REPETIDO ANTICLERICALISMO DE GALDÓS?

El tiempo y las circunstancias determinan los comportamientos humanos. El paso del XIX al XX fue tempestuoso políticamente, y a España correspondió vivir los traumas que conocemos como el Desastre del 98 y sus consecuencias. El hombre Pérez Galdós y el escritor comprometido que lleva dentro no podía permanecer ajenos.

La explosión del Galdós del siglo XX va a concretarse en el estreno de *Electra*, en el Teatro Español de Madrid, el 30 de enero de 1901. La obra era bastante sencilla; y enraizada en convicciones personales profundas del escritor: los abusos del poder de la religión sobre las mentes, el poder de la iglesia aliada con la política, el peligro integrista, carlista, clericalista..., todo ello, caras de un mismo encadenamiento perverso de lo personal con lo público. El mensaje de la obra (una joven que ve asediada su libertad por intervenciones clericales malsanas) fue contundente y el ambiente en que se estrenó contribuyó a que motivara un éxito apoteósico sin precedentes. Era rabiosamente actual. Ya llegaban a España órdenes religiosas europeas impulsadas por la Ley de Asociaciones que se debatía en Francia; y ese número habría de verse incrementado por las que procedían de las antiguas colonias (Cuba, Puerto Rico, Filipinas). Todo ello, incrementaría la fuerza inveterada del clericalismo y el papel de ello en la educación de la juventud; un asunto que la prensa de los dos bandos recordaba día a día y que afloraba en todos los círculos sociales. En especial se recelaba de la Compañía de Jesús, que llegó a convertirse en el blanco de todo el anticlericalismo español. El protagonista negativo de *Electra* no era un jesuita; ni siguiera un clérigo. Pero a nadie pretendía engañar Galdós, como demostró en un artículo publicado en *Neue Freie Presse*, de Viena, el 4 de julio de este 1901, que reprodujo *El Heraldo de Madrid* con el título de «La España de hoy» y que supuso un alegato rotundo sobre la necesidad de regenerar la política española. En él se manifiesta Galdós con contundencia contra los jesuitas y con el resto de las órdenes religiosas instaladas en España por extensión, aunque cuidando de no tocar al clero secular y a la religión como principio: «No se pone en tela de juicio ningún principio religioso de las que son base nuestras creencias –explica–; lo que se litiga es el dominio social y régimen de los pueblos».

Nunca se manifestó Galdós en contra del clero secular sino en contra del que pretende adoctrinar a las gentes e imponerse en las conciencias. Me parece concluyente respecto a las verdaderas ideas de Galdós un texto propio que dirigió por carta a doña Teodosia Gandarias:

Respecto a la *cuestión religiosa*, distinguimos entre el aspecto espiritual y el aspecto positivista (...) Lo concerniente al puro ideal religioso es digno del mayor respeto; lo que atañe al clericalismo, que es un partido político inspirado

en brutales egoísmos y en el ansia de dominación sobre las conciencias y aún más sobre los estómagos, no podemos menos de manifestar todos nuestros odios con tan ruin secta (8415).

En cualquier caso, sus últimas obras fueron acerca de sacerdotes buenos. En la obra de creación galdosiana aparecen casi quinientos sacerdotes, muchos de ellos son reales, y muchos son inventados. De los inventados los hay buenos y malos, inocentes y culpables, con buena o mala intención, sencillos o vanidosos, comprensivos e intransigentes; como todos los humanos. En la última obra que escribió, *La razón de la sinrazón*, presenta a una España políticamente rota y abocada al desastre. Una España gobernada por diablos y diablejos, que sufre una catástrofe, y en medio de esa fatal desolación sobreviven un político bueno, una maestra y un sacerdote. Los tres se ponen de acuerdo para formar una España nueva.

Concluyo con unas palabras del sacerdote Luis Nos (de la congregación de san Vicente de Paúl), en las que se hace eco de los elogios que siempre vertió don Benito acerca de las monjas de la Caridad. En la obra galdosiana, por cierto, las monjas malas que aparecen no son reales, tan solo inventadas. Especiales elogios dedica a las monjas que se dedican al cuidado de los enfermos. Dice así Nos: «la cultura española está empedrada de traumas, que únicamente pueden ser disueltos acudiendo a las fuentes, ya que a estas alturas no cabe otra alternativa».

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

Archivo Museo Pérez Galdós

ARENCEBIA, YOLANDA, (2014), «Benito Pérez Galdós. Sacerdotes de novela», *Vasijas de barro. La figura del sacerdote en la literatura contemporánea*, Guadalupe Arbona y Paloma Fanconi, eds., Madrid. Encuentro.

BENITO PÉREZ GALDÓS, ÁNGEL GUERRA (2009), *Arte, Naturaleza y verdad, Obras completas de B.P.G.*, Cabildo de Gran Canaria, tomo 15;

BENITO PÉREZ GALDÓS, NAZARÍN- HALMA, (2009<sup>2</sup>), *Arte, Naturaleza y verdad, Obras completas de B.P.G.*, Cabildo de Gran Canaria, tomo 17;

BENITO PÉREZ GALDÓS, *Misericordia, El abuelo* (2009<sup>2</sup>), *Arte, Naturaleza y verdad, Obras completas de B.P.G.*, Cabildo de Gran Canaria, tomo 18;

BENITO PÉREZ GALDÓS, *Correspondencia* (2015) A. Smith, M.A. Rodríguez Sánchez, y Laurie Lomask, editores, Madrid. Cátedra.

GULLÓN, RICARDO (1993), «Galdós fin de siglo», *Actas del cuarto Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, II, Cabildo de Gran Canaria, pp. 603-11. AMPG, *Epistolario de Pérez Galdós*.

PATTISON, WALTER T., (1971), «Verdaguer y Nazarín», *Cuadernos Hispanoamericanos* 250-252, octubre 1970 - enero 1971, Verdaguer y «Nazarín», por Walter T. Pattison Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (cervantes-virtual.com).

TRONCOSO, DOLORES (2021), *Galdós. Corresponsal de “La Prensa” de Buenos Aires*, Cabildo de Gran Canaria. Casa Museo Pérez Galdós, Las Palmas de Gran Canaria.

SOPENA, FEDERICO (1978), *La religión mundana, según Galdós*, Ediciones del Cabildo de Gran Canaria.